

DOS TEXTOS DE PROSA DE KAVAFIS

Una noche en Kalinderi

Una noche de verano, una de ardientes noches de agosto, en que en la casa se sentía fuerte el gran calor, decidí ir a Kalinderi a respirar un poco de aire puro y sentarme a tomar un café, si encontraba abierto el café de Andonis.

Kalinderi es una extensa playa entre Neojorion y Therapiá - no sé por qué, pero Buyukderé (en griego Bathirriax) que tanto admiran, me pareció siempre un lugar frío.

El camino real de Neojorion, que termina en Kalinderi, tenía cierto movimiento aquella noche. Era la noche del sábado y se hacían preparativos para el domingo. En todas las casas terminaban los aseos y los arreglos que habían comenzado en la mañana. Las ventanas de todas las casas se veían doradas por la luz, mientras que habitualmente otros días la aldea apagaba sus luces a las 9 1/2 y se iba a dormir. Circulaba mucha gente por el camino real y por las callejuelas - la mayoría bajaba al café del muelle, donde cada sábado en la tarde, las modistas del pueblo (es cosa sorprendente cuántas modistas hay en Nijori) muestran sus lujos.

Salí del camino real en cinco minutos y comencé a caminar por el hermoso Kalinderi. La noche era mágica.. La luna llena extendía un manto plateado sobre las aguas del Bósforo; la costa asiática, al frente, brillaba con sus casitas blancas y de cuando en cuando algún minarete, y parecía una graciosa escenografía de un teatro encantado.

El café de Andonis estaba abierto; pero no había muchos parroquianos. El muelle había atraído a toda la gente. Al fondo del café, estaban sentados dos fumadores de narguilés, discutiendo sobre una herencia. Estaban bastante alejados y como no hablaban muy fuerte, sólo de tarde en tarde, cuando se acaloraban, me llegaba alguna frase: - "¡Ah, hermano, estás equivocado! La tan fina Froso (Dios la perdone a la pobre, era una buena mujer) tenía sólo una casita, y cuando murió..." "¿Qué me dices? Así que la

grande que agarró a Kostakis el guardacosta..." Y de nuevo las voces bajaban de tono. En el otro extremo estaba sentado un matrimonio, un viñatero de Therapiá con su pareja. Éstos estaban callados. El hombre jugaba con un gran komboloi y parecía no desear conversación más divertida que el clic clic clic del komboloi; y a veces el clicliclicliclic, cuando dejaba correr las cuentas de a ocho, de a diez de una vez.

Elegí el mejor lugar del café - debajo de un árbol de grandes ramas. Y allí, acomodado en dos sillas, con el café a mi lado - café que sólo en la Polis se puede tomar -, decidí pasar dos horas en total tranquilidad, admirando la hermosa visión que la naturaleza desplegaba frente a mí.

Una característica de la campiña bizantina es para sí su alegría. Sus valles, sus arroyos, sus colinas, sonríen siempre. Sus brisas son buenos espíritus de consuelo y ánimo. Por más exhausto que estés, por más preocupaciones que te opriman, cuando sales a caminar por una llanura de la Polis, a una playa, sientes que te has aliviado - el Alma de la Naturaleza Bizantina te susurra: "Dios provee".

La noche que describo tuve vívidamente esa impresión. Una brisa suave soplaba sobre el Bósforo, removía su tersura y le levantaba olas. Pero las olas del Bósforo no se parecen a las de otras aguas. No se ven como la expresión de un rostro malhumorado o envejecido. Cuando el Bósforo pierde su tersura y se encrespa, es simplemente porque se alegra, porque ríe. Es un dios de buen corazón y quiere la felicidad de los hombres y ama el buen ánimo ¿humor. Por la tardecita, trae con alegría - desde Besiktás hasta Kavakia, una buena distancia - a los caíques livianos en los que hay tanta risa y tanta diversión, en los que brillan ciertos ojos negros y arden tiernos corazones, y se hacen tantos juramentos y se dan tantas promesas. ¿No habrá metido su mano también en las aventuras aquellas de Zeus con Europa?

Total silencio reinaba a mi alrededor. Los que estaban hablando de la herencia se habían ido. La otra mesa seguía silenciosa. Una quietud tan grande, tan perfecta, me habría entristecido si yo me hubiera hallado en otra parte. Mientras que, por el contrario, en las costas del Bósforo me sentía lleno de buen ánimo - y permanecía en mi asiento deleitado confortado por muda armonía del silencio, interrumpido sólo de cuando en cuando por el aleteo de un pájaro, el murmullo de las aguas en la orilla o algún ruido de las tazas del cafetero. Los tres o cuatro farolitos que estaban colgados en algunos árboles del café, daban bastante luz para acompañar, sin dañar la tersura de la noche. En esa quietud, mi mente encontró descanso, y, bajo el influjo del panorama que estaba contemplando, mis pensamientos se hicieron optimistas y alegres, acompañados con la belleza feliz que me rodeaba.

De repente el silencio se disolvió. Apareció un bote grande que avanzaba hacia Therapiá y en él iba cantando un grupo. Cantaban bien. No por cierto según todas las reglas de la música – los sencillos aldeanos que venían en la barca no tenían idea de las normas de los Conservatoires, como Orfeo, el que removía las piedras. Una canción que interrumpa – o mejor dicho, que acompañe – el silencio de una noche estival, es una de mis debilidades. Es la música natural. Creo que es la verdadera música del alma, así como el inclemente estruendo del piano del salón es la música que trastorna los nervios.

“No lo llevéis a la tumba de prisa,
¡que goce del sol todavía!
No lo llevéis de prisa, es una pena –
no alcanzó a sentir qué era la vida.

Ríe si quieres o vierte lágrimas;
todo es mentira en el mundo,
todo mentira, todo sombras

Si aún queda una verdad,
es el frío, la pobre tierra
donde pasan nuestras penas y alegrías”.

Sentí un fuerte rechazo. Esperaba una canción jovial, varonil, llena de alegría y vida, una de esas gallardas canciones que engendra la fértil y vivaz costa del Bósforo. En vez de eso, estaba escuchando en esos simples y poco trabajados versos – productos de la musa de algún poeta de aldea – un amargo lamento sobre lo vano de las cosas, aquella antiquísima queja del hombre que sufre: “todo mentira, todo sombras”.

A mi alrededor, las flores seguían vertiendo su fragante elocuencia; las aguas seguían riendo y corriendo como si se marcharan presurosas a felices tierras lejanas; el cielo continuaba presentando la grandeza de su paz – todo en armonía y conforme a una secreta promesa de absoluta felicidad.

Y mientras tanto, las voces de los cantores no vacilaban en elevarse malencólicas y atrevidas, como una protesta contra la encantadora pero engañosa hermosura del mundo.

Ríe si quieres o vierte lágrimas;
todo es mentira en el mundo,

todo mentira, todo sombras

Si aún queda una verdad,
es el frío, la pobre tierra
donde pasan nuestras penas y alegrías”.

Callaron los cantores y la barca comenzó a alejarse. Pero también se alejó con ella mi buen ánimo. El aire me pareció un poco húmedo, y me paré y di unos pasos. En un lugar donde no soplabla la brisa, prendí un fósforo y vi la hora. Medianoche. Justamente en aquel momento una nube negra, que hacía rato avanzaba desde el horizonte, ocultó a la luna. Me pareció como un telón que caía.

Tomé de nuevo el camino a la aldea. La hallé en profundo sueño. En el camino real, soledad. Sólo me encontré con el viejo sereno, que con su bastón marcaba la hora en el suelo – medidor impasible del Tiempo.

Trad. M. Castillo Didier

A LA LUZ DEL DÍA

Una tarde, estaba sentado yo, después de la cena, en el Casino de San Estéfano, en Ramleh. Mi amigo Alejandro A., que vivía en el Casino, nos había invitado a mí y a otro joven, muy amigo de nosotros, a comer con él. Como no era noche con programa musical, había venido poca gente, y los dos amigos y yo teníamos todo el lugar para nosotros.

Hablábamos de diferentes cosas y como no éramos de los muy ricos, en forma bastante natural la conversación derivó al tema del dinero y la independencia que da y los placeres que le siguen.

Uno de mis amigos decía que le gustaría tener tres millones de francos y comenzó a describir lo que quería y sobre todo lo que quería dejar de hacer si tuviera tal cantidad.

A mí, más mesurado, me bastaba con una entrada de veinte mil francos al año. Alejandro A. dijo:

«—Si hubiera querido, yo sería ahora quién sabe cuántas veces millonario, pero no me atreví».

Estas palabras nos parecieron extrañas. Conocíamos bien la vida de nuestro amigo A. y no recordábamos que nunca se le hubiera presentado una posibilidad de llegar a ser varias veces millonario, y supusimos que no estaba hablando en serio y que seguiría alguna broma. Pero la cara de nuestro amigo estaba muy seria, así que le pedimos la explicación de su enigmática afirmación.

Vaciló por un instante, pero después dijo:

«—Si estuviera en otra compañía —por ejemplo, entre las llamadas ‘personas evolucionadas’— no daría una explicación, porque se burlarían de mí. Pero nosotros nos hallamos un poco más arriba que las llamadas ‘personas evolucionadas’, es decir que el desarrollo espiritual perfecto nos ha hecho sencillos, pero sencillos sin ignorancia. Hemos hecho todo el ciclo, por lo cual naturalmente volvimos al punto inicial. Los demás se quedaron en la mitad. No saben ni imaginan dónde termina el camino».

Estas palabras no nos sorprendieron en absoluto. Teníamos un extremado buen concepto cada uno de sí mismo y de los otros dos.

«—Sí —repitió Alejandro—, si me hubiera atrevido sería supermillionario, pero tuve miedo.

«Es una historia de hace diez años. Por entonces yo no tenía mucha plata, como tampoco ahora; o más bien no tenía dinero en absoluto, pero de una u otra manera iba adelante y vivía medianamente bien. Vivía en una casa en la calle Cherif Pachá. Era de una viuda italiana. Yo tenía tres habitaciones bien amobladas y un criado particular, aparte del servicio de la dueña de casa que estaba a mi disposición.

«Una noche había ido yo al ‘Rossini’ y después de haber escuchado bastantes necedades, a la mitad de la función decidí irme a dormir, porque al día siguiente tenía que despertar temprano para ir a una excursión a Abukir, a la que estaba convidado.

«Al llegar a mi habitación comencé, según mi costumbre, a pasearme de aquí para allá, pensando en las cosas del día. Pero como no había nada interesante, me dio sueño y me puse a dormir.

«Debo haber dormido una hora y media o dos sin soñar, pues me acuerdo que como a la una de la madrugada me despertó un ruido en la calle y no recordaba ningún sueño. Me dormí de nuevo como a la una y media y entonces me pareció que había entrado a mi pieza un hombre de estatura mediana, de unos cuarenta años. Vestía ropa negra bastante vieja y sombrero de paja. En su mano izquierda llevaba un anillo que tenía una esmeralda muy grande. Esta me impresionó como algo que no correspondía al resto de su atuendo. Tenía barba negra con muchas canas y algo extraño en los ojos, una mirada a la vez burlesca y melancólica. Pero en general, un tipo más bien corriente. De esas personas de las que se encuentran muchas. Le pregunté para qué me necesitaba. No contestó inmediatamente, sino que me miró unos pocos minutos como con sospecha o como si me examinara para asegurarse de que no se había equivocado. Después me dijo —el tono de su voz era humilde y servil:

—Eres pobre; lo sé. Vine para decirte una manera de volverte rico. Por el lado de la Columna de Pompeyo, conozco un lugar donde está oculto un gran tesoro. Yo no quiero nada del tesoro. Solo tomaré una pequeña caja de hierro que se encontrará al fondo. Todo lo demás será tuyo.

—¿,Y de qué se compone ese gran tesoro?, pregunté yo.

—De monedas de oro —me dijo—, pero sobre todo de piedras preciosas. Tiene diez o doce cajas de oro llenas de diamantes, perlas y creo — como si tratara de recordar— que de zafiros.

«Pensé entonces que por qué no iba él solo a tomar lo que quería y qué necesidad tenía de mí. No me dejó explicarme.

—Capto tu pensamiento. Por qué, dices, no voy solo a coger lo que quiero. Hay una causa, que no puedo decir, que me lo impide. Hay algunas cosas que yo todavía no puedo hacer.

Cuando dijo ese 'que yo', brotó de sus ojos como un centelleo y por un segundo transformó su rostro un terrible aire de grandeza. Pero inmediatamente recobró sus maneras humildes.

—Así que me harás un gran favor en venir conmigo. Tengo absoluta necesidad de alguien y te escojo a ti, pues quiero tu bien. Ven mañana a encontrarte conmigo. Te esperaré desde el mediodía hasta las cuatro de la tarde en la Pequeña Plaza, en el café que está cerca de las ferreterías.

«Con estas palabras desapareció.

«Al otro día cuando desperté, al principio no me vino en absoluto el sueño a la mente. Pero después de lavarme y sentarme a desayunar, volvió a mí memoria y me pareció bastante extraño. 'Ojalá fuera verdad', me dije, y luego lo olvidé.

«Fui a la excursión campestre y me divertí mucho. Eramos bastantes, como treinta, hombres y mujeres. Lo pasamos muy bien. Pero no les voy a contar los detalles, porque eso está fuera de nuestro asunto.

Aquí mi amigo D. observó: —Y está de más. Porque yo al menos los conozco. Si no me equivoco, estuve en aquella excursión.

—¿Estuviste ahí? No te recuerdo.

—¿No es la excursión que organizó Marcos G. antes de irse definitivamente a Inglaterra?

«Sí, por cierto. ¿Te acuerdas entonces qué bien lo pasamos? Buenos tiempos. O más bien, tiempos pasados. Es lo mismo. Pero volviendo al tema de la historia, regresé de la fiesta bastante cansado y bastante tarde. Apenas tuve tiempo de cambiarme ropa y comer, y después fui a la casa de una familia amiga, donde había una especie de velada de juego de naipes, y allí estuve jugando hasta las dos y media de la madrugada. Gané 150 francos y volví contento. Me fui a dormir, pues, de buen ánimo y me quedé dormido inmediatamente, a lo que contribuyó no poco el cansancio del día.

«Pero apenas me dormí me sucedió algo curioso. Vi que tenía luz en la habitación y me extrañaba de por qué no la había apagado antes de acostarme, cuando veo que viene del fondo de la pieza —era bastante grande mi dormitorio—, por el lado de la puerta, un hombre a quien reconocí de inmediato. Vestía la misma ropa negra y llevaba el mismo sombrero de vieja paja. Pero parecía contrariado, y me dijo: —Te esperé en la tarde desde el

mediodía hasta las cuatro en el café. ¿Por qué no fuiste? Te propongo hacer tu fortuna, ¿y no te das prisa? Te voy a esperar de nuevo en el café hoy desde el mediodía hasta las cuatro. Y ve sin falta». Después desapareció como la vez anterior.

«Pero ahora desperté con terror. La pieza estaba oscura. Prendí la luz. El sueño había sido tan verdadero, tan vívido, que yo estaba estupefacto y aterrado. Tuve la debilidad de ir a ver si la puerta estaba cerrada con llave. Estaba cerrada con llave como siempre. Miré el reloj; eran las tres y media. Me había acostado a las tres.

«No les oculto y no me avergüenzo en absoluto de decirles que estaba muy atemorizado. Tenía miedo de cerrar los ojos, no fuera a dormirme otra vez y volviera a ver a mi fantasmal visitante. Me senté en una silla muy nervioso. Como a las cinco comenzó a amanecer. Abrí la ventana y estuve mirando la calle que despertaba poco a poco. Se habían abierto algunas puertas y pasaban algunos lecheros muy madrugadores y los primeros carruajes de los panaderos. La luz me tranquilizó un poco y me acosté de nuevo y dormí hasta las nueve.

«A las nueve cuando desperté y me vino el recuerdo de la inquietud nocturna, la impresión comenzó a perder mucho de su intensidad. Me extrañaba por qué me había confundido tanto. Cualquiera tiene pesadillas y yo había tenido muchas en mí vida. Por otra parte, ésta casi no era una pesadilla. Verdad es que había tenido dos veces el mismo sueño. Pero ¿qué había con eso? Y en primer lugar ¿era seguro que lo había soñado dos veces? ¿Quizás había soñado que había visto antes a ese hombre? Pero al examinar bien mi memoria, dejé esta idea. Era seguro que había tenido el mismo sueño el día anterior. Pero aún así, ¿qué había de raro? Parece que el primer sueño había sido muy vívido y me impresionó mucho y a causa de esto soñé de nuevo lo mismo. Sin embargo, aquí mi lógica faltaba un poco. Porque no me acordaba de que el primer sueño me hubiera impresionado. Durante todo el día siguiente no había pensado en eso ni un instante. En la excursión y en la velada de la noche, había pensado en cualquier cosa menos en el sueño. Pero ¿qué hay con esto? ¿No sucede a menudo que soñamos con personas a las que hemos visto por muchos años y en las cuales no hemos pensado tampoco durante muchos años? Parece que su recuerdo queda grabado en algún lugar del espíritu y de repente reaparece en el sueño. Así que dónde está lo extraño de haber soñado de nuevo en el curso de sólo veinticuatro horas, aun si durante el transcurso del día no había pensado en ello. Después me dije que quizás yo había leído sobre el tesoro oculto y furtivamente esto influyó en mi memoria; pero por más que lo examinaba, no descubría tal lectura.

«Al final me aburrí de pensar y comencé a vestirme. Tenía que ir a una boda y pronto la prisa y la elección de traje expulsó totalmente el sueño de mi mente. Después me senté a desayunar y para pasar un poco el tiempo tome para leer una revista editada en Alemania, el ‘Hésperos’, creo.

«Fui al matrimonio donde estaba reunida toda la buena sociedad de la ciudad. Yo tenía entonces muchas relaciones y por eso repetí muchísimas veces después de la ceremonia que la novia era muy hermosa, que el novio era un joven muy bueno y que también tenía dinero, y otras cosas semejantes. La boda terminó a las once y media y después fui a la estación Vulkliis a ver una casa que me habían recomendado y que debía yo alquilar para una familia alemana de El Cairo que se proponía pasar el verano en Alejandría. La casa era efectivamente bien ventilada y bien distribuida, pero no tan grande como me habían dicho. Sin embargo, prometí a la dueña recomendar la casa como conveniente. La señora se deshizo en agradecimientos, y para conmoverme me contó todas sus penurias, cómo y cuándo murió su esposo, que había conocido en Europa; que no era mujer para arrendar su casa; que su padre fue médico de no sé qué Pachá, etc. Después de cumplir este compromiso, volví a la ciudad. Llegué a mi casa a la una y almorcé con gran apetito. Luego que terminé mi almuerzo y tomé mi café, salí para ir donde un amigo que vivía en un hotel cerca del café «Paraíso», a fin de organizar juntos algo para la tarde. Era el mes de agosto y el sol quemaba mucho. Bajaba yo por la calle Sherif Pachá lentamente para no transpirar. La calle, como siempre a aquella hora, estaba desierta. Solamente me encontré con un abogado con el cual tenía un asunto profesional para la escritura de venta de un pequeño solar en Moharem Bey. Era la última parte de un sitio grande que yo estaba vendiendo poco a poco y así cubría parcialmente mis gastos. El abogado era una persona honorable, y por eso lo escogí. Pero era parlanchín. Mejor que me robara un poco y que no me tupiera la cabeza con sus necedades. Por el más pequeño asunto, me comenzaba interminables charlas —me hablaba del derecho comercial, del derecho romano, citaba a Justiniano, contaba antiguos juicios que había tenido a su cargo en Esmirna, se alababa, me explicaba mil cosas sin ninguna relación y me tironeaba de la ropa, cosa que aborrezco. Tenía que soportar la charlatanería de ese tonto, porque cada tanto rato, cuando el ímpetu de su palabrería se agotaba, yo trataba de saber algo sobre la venta, que tenía para mí un interés muy vital. Estos esfuerzos míos me sacaron de mí camino y así iba caminando con él. Pasamos por la acera de la Bolsa en la Plaza de los Cónsules, cruzamos la callecita que une la Gran Plaza con la Pequeña Plaza y, al final, cuando llegamos al centro de la pequeña Plaza, yo había recibido todas las informaciones que quería y mi abogado me dejó,

acordándose de que tenía que visitar a un cliente que vivía por ahí. Me detuve un momento y lo veía alejarse, maldiciendo su charlatanería que, con tanto calor y tanto sol, me hizo desviarme de mi camino.

«Me aprontaba para volver sobre mis pasos para dirigirme a la calle del café «Paraíso», cuando súbitamente me pareció rara la idea de que me encontraba en la Pequeña Plaza. Me pregunté por qué y me acordé de mi sueño. ‘Aquí es donde me dio cita el famoso poseedor del tesoro’, me dije y sonreí; y en forma mecánica volví la cabeza hacia el lado donde había ferreterías.

«¡Horror! Allí había un pequeño café y allí estaba él sentado. Mi primera impresión fue como un vértigo y creí que me iba a caer. Me apoyé en un tinglado y lo miré de nuevo. La misma ropa negra, el mismo sombrero de paja, la misma fisonomía, la misma mirada. Y me estaba mirando fijamente. Mi tensión nerviosa fue tal que creía que se había fundido hierro dentro de mí. La idea de que era pleno día, de que pasaban personas indiferentes creyendo que nada extraordinario sucedía y que yo, solamente yo, sabía que estaba sucediendo las cosa más horrible, que ahí estaba sentado un espectro que quién sabe qué poderes tenía y de qué esfera de lo desconocido venía --de qué infierno, de que erebo-, me paralizaba, y comencé a temblar. El fantasma no quitaba su mirada de mí. Entonces me dominó el miedo de que fuera a levantarse y acercarse a mí --no fuera también a hablarme-, no fuera también a llevarme consigo y en ese caso ¡qué fuerza humana podría auxiliarme! Me precipité a un coche y le di al cochero una dirección lejana; no recuerdo dónde.

«Cuando me repuse un poco, vi que había llegado hasta Sidi Gabir. Estaba un poco más tranquilo y comencé a razonar sobre el asunto. Le ordené al cochero que volviera a la ciudad. ‘Estoy loco’, pensé; ‘seguramente me equivoqué. Debe haber sido alguien que se parecía a la persona de mi sueño. Tengo que volver para estar seguro. Muy probable que se haya marchado y eso sería una prueba de que no es el mismo, pues me había dicho que me esperaría hasta las cuatro’.

«Con estos pensamientos había llegado hasta el teatro ‘Zizinias’. Y allí, apelando a todo mí valor, ordene al cochero que me llevara a la Pequeña Plaza. Mi corazón latía tanto que creía que se iba a romper cuando me aproximé al café. A poca distancia hice que el cochero se detuviera. Lo tire del brazo con tanta fuerza que por poco no cae de su puesto, cuando vi que avanzaba demasiado cerca del café, y porque, porque... allí estaba el fantasma todavía.

«Entonces me puse a mirarlo escudriñadoramente para hallar semejanzas con el hombre del sueño, como si no me bastara para convencerme que era él el hecho de que yo estuviera sentado dentro de un coche mirándolo escudriñadoramente, cosa que a toda persona extraña le hubiera parecido muy raro y me hubiera pedido una explicación. A La vez, él respondía a mi mirada con una mirada también escudriñadora y con un semblante lleno de inquietud por la decisión que yo tomaría. Parece que captaba mis pensamientos, como los había captado en mí sueño, y para quitarme toda duda sobre su identidad volvió hacia mí su mano izquierda y me mostró —tan claramente me mostró, que temí que fuera a observarlo el cochero— el anillo de esmeralda que me había impresionado en mi primer sueño.

«Dejé escapar un grito de terror y le dije al cochero —que ahora comenzaba a inquietarse por la salud de su cliente— que partiera a la avenida Ramleh. Mi único objetivo era alejarme. Cuando llegué a la avenida Ramleh, le dije que se dirigiera a San Estéfano, pero como vi que el cochero vacilaba y murmuraba algo, me bajé y le pagué. Detuve otro coche y le ordené que me llevara a San Estéfano.

«Llegué aquí muy mal. Entré a la sala del Casino y me asusté cuando me vi en el espejo. Estaba pálido como un cadáver. Afortunadamente la sala estaba vacía. Me dejé caer en un sillón y comencé a pensar qué debía hacer. Volver otra vez a aquella habitación donde penetró en la noche como una sombra sobrenatural aquel al cual vi hace poco sentado en un café común y corriente, bajo la forma de una persona real, estaba fuera de discusión. No era lógico yo en esto, porque él tenía el poder de venir y encontrarme en cualquier lugar. Pero ya desde hacía horas estaba razonando de manera incoherente. «Finalmente tomé una decisión. Fue la de recurrir a mi amigo G. V., que entonces vivía en Moharem Bey.

—¿Cuál G. V. -pregunté-, aquél excéntrico que se dedicaba al estudio de la magia?

—«El mismo, y esto contribuyó a que lo escogiera a él. Cómo tome el tren, cómo llegué a Moharem Bey, cómo miraba a derecha o a izquierda —cual un loco— no fuera a aparecer otra vez el espectro cerca de mí, cómo llegué a la habitación de G. V.: lo recuerdo en forma oscura y confusa. Sólo me acuerdo con claridad de que cuando me encontré cerca de él comencé a llorar histéricamente y a temblar entero y a contarte mi terrible peripecia. G. V. me tranquilizó y, medio en serio medio en broma, me dijo que no tuviera miedo; que a su casa no se atrevería a venir el espectro y que si viniera él lo expulsaría de inmediato. Conocía, me dijo, esa clase de apariciones

sobrenaturales y sabía la manera de exorcitarlas. Por otra parte, me rogó que me convenciera de que no había ya ninguna causa de temor, porque el fantasma había venido hacia mí con un objetivo determinado: La adquisición de la ‘caja de hierro’, la que no podía coger, parecía, sin la presencia y ayuda de una persona. No logró ese objetivo; y ya sabría por mi miedo que no había esperanza de lograrlo. G. V. sentía sólo que no le hubiera informado oportunamente para ir a ver él mismo al fantasma a fin de hablarte; porque, agregó, en la historia de los fantasmas la presencia de estos espíritus o demonios a la luz del día es muy rara. Pero todo eso no me tranquilizaba. Pasé una noche muy agitada y al día siguiente desperté con fiebre. La ignorancia del médico y la excitación de mi sistema nervioso me acarrearón una fiebre cerebral, a causa de la cual por poco no me muero. Cuando me recuperé algo pregunté por la fecha. Me había enfermado el tres de agosto y yo suponía que había sido el 7 o el 8. Era el dos de septiembre.

«Un breve viaje a una isla del Egeo aceleró y completó mi convalecencia. Durante todo el transcurso de mi enfermedad estuve en casa de mi amigo G. V., quien me cuidó con el buen corazón que ustedes conocen. Pero molesto consigo mismo, porque no tuvo el suficiente carácter para echar al médico y curarme él con los medios de la magia, Los cuales, igualmente lo creo yo, al menos en estas circunstancias, me habrían sanado también más rápidamente que el médico.

«He aquí, amigos míos, la oportunidad que tuve de llegar a ser millonario — pero no me atreví. No me atreví y no me arrepiento.»

Aquí terminó Alejandro. La mucha seguridad y sencillez con las que hizo su relato, nos impidieron hacer comentarios. Por otra parte, era la medianoche, las doce y veintisiete minutos. Y como el último tren para la ciudad era a las doce y media, nos vimos obligados a despedirnos de él y marcharnos de prisa.

Trad. M. Castillo Didier.